

ENCLAVE LIBERAL

Una mirada joven y contemporánea que prioriza el lenguaje directo y la selección cuidadosa de contenidos relevantes. Enclave Liberal apunta a lectores curiosos, críticos y activos, que valoran la independencia intelectual, el contraste de ideas y una aproximación moderna a los debates del momento.



CESCOS
Center for the Study of
Contemporary Open Societies



Horizonte
Joven



**FRIEDRICH NAUMANN
FOUNDATION** For Freedom.

Índice

Introducción.....	3
Vivir para producir: cuando la productividad se convierte en religión.....	4
La escuela que nos prometimos	7
Cuando la coerción sustituye al mercado laboral	9
Bolivia en crisis: causas estructurales y coyunturales del agotamiento del modelo político-económico (2006–2026)	12
Resumen de actividades – Mayo y Junio	15

Introducción

Hay una idea que se repite, sin que la nombremos, detrás de casi todo lo que vivimos: el límite. El límite entre lo que el Estado puede decidir por nosotros y lo que nos corresponde decidir a cada uno. El límite entre el lugar donde naces y el lugar al que podés llegar. El límite que, cuando una institución deja de respetarlo, termina arrastrando con él a la propia democracia. Nosotros queremos pensar esos límites, no dar por sentado que están donde deberían estar.

En este segundo número de Enclave Liberal recorreremos esa idea desde ángulos distintos. Hablamos de la escuela uruguaya, pensada hace más de un siglo para que el origen no determine el destino, y de por qué hoy hace exactamente lo contrario. Hablamos de qué pasa cuando el Estado le impone a empresas y trabajadores, por ley, cómo organizar su tiempo. Nos preguntamos qué ocurre cuando el límite ya no lo pone el Estado sino nosotros mismos, exigiéndonos producir sin parar. Y cruzamos a Bolivia para entender qué queda de un proyecto político cuando las instituciones dejan de contener al poder. Educación, trabajo, productividad, democracia. Temas distintos, la misma pregunta de fondo: ¿quién pone el límite, y qué pasa cuando nadie lo hace?

Creemos que hay una generación que prefiere hacerse esa pregunta antes que repetir consignas. Si esto te deja pensando, bienvenido.



VIVIR PARA PRODUCIR

CUANDO LA PRODUCTIVIDAD SE CONVIERTE EN RELIGIÓN

Por: Matías Ambrosoni

¿Vivimos para producir o producimos para vivir?

Pensar en esta pregunta me recuerda algo que mi padre me repetía cuando era niño: “¿Comés para vivir o vivís para comer?”. Nótese que me encanta la comida. Sin embargo, detrás de esa frase aparentemente simple se escondía una cuestión más profunda: ¿cuándo un medio se convierte en un fin?

Algo similar parece ocurrir hoy con la productividad. Lo que durante siglos fue una herramienta para mejorar las condiciones de vida parece haberse convertido en uno de los principales criterios con los que medimos nuestro valor personal.

Sería injusto negar que la productividad ha sido una de las mayores conquistas de la humanidad. Desde la Revolución Industrial

hasta nuestros días, producir más permitió reducir la escasez, aumentar la esperanza de vida, mejorar la alimentación, expandir la educación y elevar el nivel de vida de millones de personas. Gracias a ella vivimos mejor que nuestros antepasados en prácticamente cualquier indicador imaginable. Sin embargo, surge una duda incómoda: si producimos más que nunca, ¿para qué seguimos produciendo?

Existe una percepción extendida de que cada vez trabajamos más. Las redes sociales suelen reforzar esta idea mediante relatos sobre el agotamiento permanente, la cultura del esfuerzo extremo o la imposibilidad de desconectarse. Sin embargo, los datos muestran algo distinto. En términos generales, las horas trabajadas por

persona han disminuido durante las últimas décadas y son considerablemente menores que hace un siglo. De hecho, la OCDE señala que las horas trabajadas por trabajador siguen una trayectoria históricamente descendente y que, desde 2005, las horas trabajadas por persona han caído en casi todos los países miembros para los que existen datos disponibles.¹

Tal vez el problema no sea cuánto trabajamos, sino cuánto espacio ocupa el trabajo en nuestras vidas. Hoy el trabajo ya no termina necesariamente al salir de la oficina. Puede continuar en los correos electrónicos respondidos durante las vacaciones, en el networking realizado durante una cena, en los cursos que tomamos para mejorar nuestro perfil profesional, en los podcasts que escuchamos para aprender una nueva habilidad, en el tiempo que dedicamos a construir una marca personal en redes sociales o en las horas invertidas en mantener activo un perfil de LinkedIn, publicar logros profesionales y cultivar una presencia constante ante potenciales empleadores, pero también ante nuestros pares y, en última instancia, ante toda la sociedad, en un contexto donde la productividad se ha convertido en una medida central del valor personal. El trabajo invade cada vez más espacios que antes permanecían fuera de su alcance.

En este punto resulta difícil no pensar en Byung-Chul Han. Según el filósofo surcoreano, las sociedades contemporáneas ya no necesitan imponer la disciplina mediante órdenes externas tan rígidas como las de épocas anteriores. Hoy somos nosotros mismos quienes internalizamos el mandato de producir. Nos exigimos constantemente ser

más eficientes, más competitivos, más capaces y más exitosos. La conquista histórica de reducir las horas laborales no nos liberó de la obligación de producir; simplemente trasladó esa obligación al interior de cada individuo.²

Quizás por eso la productividad se ha convertido en algo más que una herramienta económica. Durante siglos, la religión ofreció respuestas a preguntas fundamentales sobre el sentido de la existencia. Proporcionaba una narrativa que permitía comprender quiénes éramos, qué debíamos hacer y hacia dónde debíamos dirigir nuestra vida. En una sociedad cada vez más secularizada, esas respuestas parecen haberse vuelto más difusas. En ese vacío, la productividad ocupa un lugar cada vez más relevante.

Admiramos al emprendedor exitoso, celebramos a quien siempre está ocupado y solemos mirar con cierta sospecha a quien parece no estar haciendo nada. La productividad ya no funciona únicamente como una medida de desempeño económico; también opera como una medida moral. El trabajador incansable es admirado. El emprendedor exitoso es presentado como modelo de vida. El “vago” es condenado. Antes la religión distinguía entre virtud y pecado; hoy, en muchos ámbitos, parece que distinguimos entre productividad e improductividad.

Sin embargo, esta lógica plantea una pregunta que ya preocupaba a Aristóteles hace más de dos mil años. Para el filósofo griego, toda actividad humana persigue algún bien, pero los medios solo tienen sentido en función de fines superiores. Trabajamos para alcanzar objetivos. Ahorramos para vivir mejor. Estudiamos para desarrollarnos. El

1- OCDE (2025). *OECD Employment Outlook 2025*. Disponible en: [OECD Employment Outlook 2025](#)

2- Han, B.C. (2012). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.

problema aparece cuando olvidamos el propósito y convertimos el medio en el fin. Aristóteles asociaba la plenitud humana con el desarrollo de nuestras capacidades y con una vida virtuosa, no simplemente con la acumulación permanente de logros o resultados. Desde esta perspectiva, la productividad no sería un fin en sí mismo, sino una herramienta al servicio de una vida buena.

Quizás Aristóteles habría formulado una pregunta que hoy rara vez nos hacemos: si cada vez somos más eficientes, ¿más eficientes para qué? Después de todo, una sociedad puede aumentar indefinidamente su capacidad de producir sin necesariamente acercarse a aquello que hace valiosa una vida humana. La eficiencia puede indicarnos qué tan rápido avanzamos, pero no necesariamente hacia dónde vamos.³

Debo reconocer que esta reflexión me interpela personalmente. Gran parte de las actividades que hago las concibo como inversiones: estudiar, trabajar, capacitarme, participar en proyectos o desarrollar nuevas habilidades. Disfruto genuinamente de hacerlo y encuentro sentido en ello. Sin embargo, cada vez me resulta más difícil identificar actividades que haga simplemente por el placer de hacerlas. Incluso aquellas que disfruto profundamente suelen estar orientadas hacia algún objetivo. El deporte, por ejemplo, no lo practico por el disfrute en sí, sino para competir. Esto me lleva a preguntarme si, en algún punto, la productividad dejó de ser para mí un

medio y comenzó a convertirse en un fin. No tengo una respuesta definitiva. Quizás el problema no sea la productividad en sí misma, sino olvidar para qué la perseguimos.

Tal vez la pregunta más importante de nuestro tiempo no sea cuánto trabajamos, sino para qué lo hacemos. Porque una sociedad que olvida para qué produce corre el riesgo de seguir avanzando sin saber realmente hacia dónde va. Y quizás valga la pena detenernos, aunque sea por un momento, para preguntarnos si queremos vivir para producir o si queremos producir para vivir. No estoy seguro de cuál sea la respuesta. Pero sospecho que hacerse la pregunta ya es un buen comienzo.

3- Aristóteles. *Ética a Nicómaco*, Libro I. 2 Han, B.C. (2012). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.

LA ESCUELA QUE NOS PROMETIMOS

Por: Julián Oliveri



¿Cuántas veces escuchaste que Uruguay fue pionero en educación pública, laica y gratuita? Probablemente muchas. Lo repetimos en discursos, en clases de historia, en cualquier charla donde alguien quiera explicar por qué este país, chico y sin grandes recursos naturales, igual logró constituir una clase media amplia. José Pedro Varela lo escribió en 1876 y Batlle y Ordoñez lo llevó a la práctica como política de Estado, la idea de que el lugar donde naces no debería determinar el lugar donde llegas.

El problema es que llevamos más de un siglo repitiendo esa épica sin animarnos a actualizarla. Y cuando uno mira los números con honestidad, lo que aparece no es una escuela igualadora, sino una que reproduce, con bastante precisión, la desigualdad de la que parte.

Asistí al Liceo Número 1, Tomas Berreta de la Ciudad de Canelones.

Canelones fue, no por casualidad, uno de los primeros departamentos en tener liceo propio fuera de Montevideo, allá por 1912, en plena ola reformista que llevó el secundario al interior del país. Más de un siglo después, ese mismo departamento pionero es hoy uno de los lugares donde los jóvenes de 18 a 20 años, solo el 46,8% terminan la educación media (ANEP-UTEC-Udelar, 2024). La mitad del país se queda en el camino de lo que hoy es la puerta mínima a cualquier trabajo decente.

Y esa mitad no se reparte parejo, mientras el 98,4% de los chicos de hogares de mayores ingresos termina el ciclo básico, entre los de menores ingresos esa cifra cae a 77,6%.

¿Y los que sí se quedan? Tampoco les está yendo demasiado bien. Menos de la mitad de los estudiantes de 15 años alcanza un nivel mínimo aceptable en matemática, y uno de cada cuatro tiene desempeño bajo en las tres áreas que mide PISA, sin contar a los que ya ni siquiera están dentro del sistema a esa edad (PISA, 2022).

Lo más frustrante es que esto no es un problema de dinero ni de buena voluntad. Es un problema de gobernanza.

Y acá es donde yo tengo algo distinto para decir. Lejos de la nostalgia estatista que defiende el sistema tal como está porque alguna vez fue bueno, y lejos también del impulso de desmantelarlo en nombre de la libertad individual, hay una tercera vía, y es la que me interesa defender.

Necesitamos un sistema educativo mucho más conectado con el mercado de trabajo, que prepare en serio para los empleos que el país realmente tiene y va a tener, sin que eso signifique resignar el aula como el lugar donde, antes que nada, se forma una persona. Una cosa no excluye la otra. La libertad real es la condición de posibilidad del individualismo, nadie es libre si no puede pensar con criterio propio, y nadie

piensa con criterio propio si el sistema que debía enseñarle a hacerlo lo dejó en el camino a los catorce años. Tampoco hay libertad posible para quien termina la escuela sin ninguna herramienta que el mercado de trabajo esté dispuesto a pagar.

Para construir condiciones donde la desigualdad de origen no se convirtiera en destino, necesitamos exigir cosas concretas, invertir en serio desde la primera infancia, antes de que la brecha ya esté instalada, pagarle mejor y exigirle más a quien enseña, sobre todo en los contextos más difíciles, reconstruir la educación técnica como una salida digna, conectada con las necesidades reales de nuestras empresas, y no como un destino de segunda, y, sobre todo, lograr que las reformas de fondo se acuerden entre partidos y sobrevivan al cambio de gobierno, porque ninguna política educativa seria se construye en cuatro años.

No nos quedemos en la era vareliana. Debemos volver a tomarnos en serio la apuesta original, que en este país nadie debería quedarse atrás. Esa fue siempre, al mismo tiempo, la apuesta liberal. Hoy, con la mitad de nuestros jóvenes sin terminar la educación media, está más vigente que nunca, y más lejos que nunca de cumplirse.

CUANDO LA COERCIÓN SUSTITUYE AL MERCADO LABORAL

Por: Santiago Pérez Bentancort



Recientemente, el PIT-CNT presentó una propuesta de reducción de la jornada laboral a 40 horas semanales con pago equivalente a 48 horas. La iniciativa fue discutida en una mesa de trabajo organizada por la Comisión de Asuntos de Relevancia Pública del Colegio de Abogados del Uruguay (CAU). Si bien no se trata de una propuesta novedosa, ello no implica que sus fundamentos y

posibles consecuencias deban analizarse superficialmente.

En el presente artículo me propongo examinar algunos de los principales desafíos y problemáticas que podrían derivarse de una reducción obligatoria de la jornada laboral sin una modificación equivalente en las remuneraciones.

La productividad como argumento engañoso

El principal argumento que suele utilizarse para justificar una reducción de la jornada laboral sin modificar las remuneraciones es el aumento de la productividad laboral. Forma parte del debate contemporáneo la idea de que los avances tecnológicos han beneficiado en mayor medida al capital que al trabajo y que, en consecuencia, parte de esas ganancias de productividad deberían traducirse en una reducción del tiempo de trabajo. Asimismo, suele sostenerse que los rendimientos decrecientes de las horas trabajadas reforzarían la conveniencia de dicha reducción.

No obstante, este argumento suele dejar en segundo plano un aspecto central: la inversión en maquinaria y tecnología que incrementa la productividad laboral

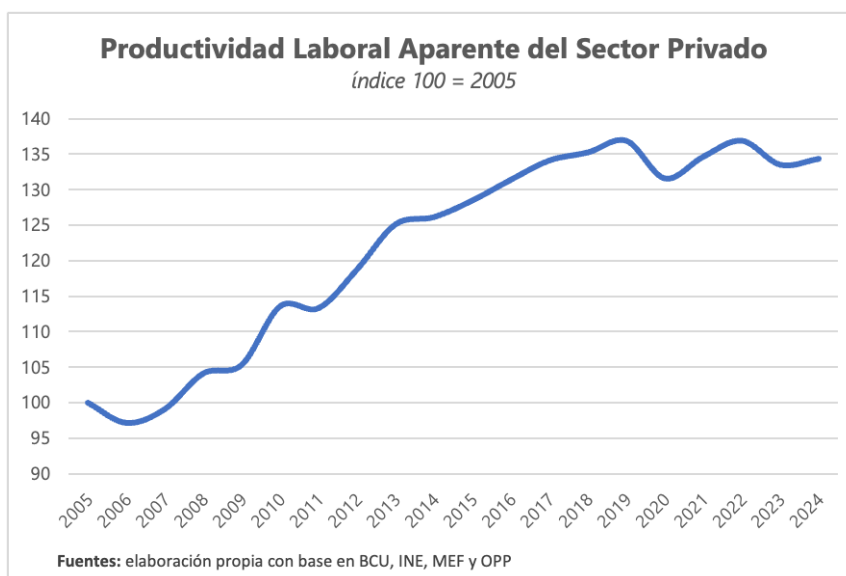
no surge de manera espontánea, sino que es el resultado de decisiones de inversión tomadas por los empresarios en un contexto de incertidumbre. La incorporación de capital físico y humano implica asumir costos en el presente con la expectativa de obtener beneficios futuros.

Desde una perspectiva económica, las diferencias en las remuneraciones de los distintos factores productivos responden, en gran medida, a diferencias en su contribución al proceso productivo. En consecuencia, una reducción de la jornada laboral sin modificar las remuneraciones supone un aumento del costo por hora trabajada, costo que deberá ser absorbido por quienes demandan trabajo.

El historial de la productividad en nuestro país es penoso

Por otro lado, los aumentos en la productividad laboral que se plantearon anteriormente están muy alejados de la realidad uruguaya. Estimé la evolución de la productividad laboral aparente (producto por trabajador) promedio del sector privado y los resultados son penosos: el crecimiento de la misma en la última década fue de apenas 0,5% anual, y desde 2017 se encuentra prácticamente estancada. Por su parte, los salarios reales del sector privado han crecido a tasas levemente más altas (cerca de 0,9% anual), lo que implica que el resto de factores productivos han perdido en términos reales.

Dada esta situación, lo último que se debería hacer es encarecer artificialmente el factor trabajo. El estancamiento en la productividad promedio del sector privado se debe principalmente a una mayor depredación del Estado en la forma de mayores impuestos, un nivel alto de gasto público y regulaciones asfixiantes. No hay en la agenda política grandes reformas que apunten a resolver estas cuestiones, ni parecería que fuesen prioridad para el PIT-CNT a sabiendas de los beneficios que les traerían a todos los trabajadores.



Las cuestiones éticas y personales también son relevantes

La propuesta de reducir la jornada laboral es coercitiva. El Estado impone un tope al número de horas trabajadas e ignora las preferencias individuales, interfiriendo en los acuerdos voluntarios entre las partes. Este es un problema relevante en Uruguay, donde la denominada “negociación

colectiva” suele imponerse por encima de la negociación individual. Esto no quiere decir que la formación de sindicatos sea contraria a la ética, sino que resulta cuestionable el empleo del aparato coercitivo del Estado para imponer resoluciones que no necesariamente

representan la diversidad de realidades y preferencias individuales.

Parte del argumento basado en la productividad supone que las personas trabajarían menos horas. No obstante, muchas personas necesitan más de un empleo y otras tantas quisieran trabajar más debido a su limitada capacidad de ahorro. Cabe recordar que uno de los principales problemas de nuestro país es el elevado costo de vida, para lo cual serían necesarias reformas orientadas

a reducir el gasto público y la presión fiscal, desregular distintos ámbitos de la actividad económica y promover una mayor apertura comercial. Sin embargo, son pocas las propuestas presentes en la agenda política que apuntan en esa dirección, por lo que la materialización de una reducción drástica de la jornada laboral resulta difícil de sostener sin abordar previamente estos problemas estructurales.

Las grandes consecuencias de la propuesta

¿Quiénes se verían principalmente perjudicados por la reducción de la jornada laboral sin modificar las remuneraciones? Es esperable que el impacto directo recaiga sobre las empresas, al tener que asumir mayores costos laborales. Sin embargo, también podrían producirse efectos indirectos sobre los propios trabajadores. Por un lado, el encarecimiento implícito del factor trabajo distorsionaría la demanda laboral, incentivando la contratación de trabajadores con mayores niveles de productividad para compensar el aumento de los costos. Por otro lado, aumentaría

el incentivo a sustituir mano de obra por capital, principalmente mediante la automatización de tareas estandarizadas y de baja complejidad.

De esta forma, la medida aumentaría las rigideces del mercado laboral. En particular, impondría mayores barreras de entrada para aquellos trabajadores con menores niveles de productividad, entre ellos jóvenes, personas con bajo nivel educativo, trabajadores con poca experiencia laboral y familias en contextos de pobreza y vulnerabilidad social.

Avanzar en el camino de servidumbre

Recordemos que toda regulación presenta un problema de cálculo económico: debido a que el Estado opera fuera de la órbita de la propiedad privada, no puede percibir ni transmitir señales de precios genuinas, por lo que toda decisión que adopte carecerá de la información necesaria para justificar económicamente una asignación eficiente de recursos. Sin precios de mercado genuinos, el regulador no dispone de la información necesaria para definir una "jornada óptima", al tiempo que toda forma de intervención

distorsiona el sistema de precios e impide la transmisión de dicha información dispersa entre los distintos individuos.

La consecuencia de ello es que toda intervención genera distorsiones que pueden incentivar nuevas intervenciones en el futuro. La propuesta de reducir la jornada laboral sin modificar las remuneraciones no sería una excepción. Las distorsiones derivadas de esta medida podrían convertirse, posteriormente, en la justificación de nuevas formas de intervención estatal.

BOLIVIA EN CRISIS

CAUSAS ESTRUCTURALES Y COYUNTURALES
DEL AGOTAMIENTO DEL MODELO
POLÍTICO-ECONÓMICO (2006-2026)

Por: Lorenzo García



Durante muchos años, Bolivia parecía ser una especie de rara avis en América Latina. Mientras la región vivía entre crisis económicas, inflación, cambios de gobierno y protestas, Bolivia mostraba algo que parecía casi imposible, su estabilidad. Bajo el gobierno de Evo Morales, la pobreza moderada bajó de 59,9% en 2006 a 34,6% en 2018, mientras la pobreza extrema cayó de 37,7% a 15,2% (UDAPE, 2019). Al mismo tiempo, la desigualdad también se redujo de forma importante, el índice de Gini pasó de 0,592 a 0,432 en ese mismo período (UDAPE, 2019). Los números eran buenos y el relato también, ya que Evo aparecía como el líder que había logrado combinar crecimiento económico e inclusión social.

Sin embargo, hoy Bolivia está atravesando una situación completamente distinta. Hay escasez de dólares, problemas con los combustibles, caída de reservas internacionales, inflación y protestas que no paran. A eso se suma la pelea interna entre Evo Morales y Luis Arce, que tiene al oficialismo completamente partido. Entonces creo que es relevante preguntarnos: ¿cómo un modelo que parecía tan sólido terminó mostrando tantas grietas? La explicación rápida sería decir que todo empezó porque cayó el gas o porque faltan dólares. Pero eso es como mirar una casa incendiándose y pensar

que el problema empezó con la chispa. En realidad, el fuego ya estaba armado hace tiempo.

Gran parte del “milagro boliviano” se sostuvo sobre la plata del gas. Entre 2013 y 2014, Bolivia llegó a exportar más de 6.000 millones de dólares anuales en gas natural. Eso le dio al Estado recursos enormes para financiar bonos, subsidios y programas sociales. Y eso funcionó. El problema es que funcionó mientras ingresaba dinero. Como advertía Raúl Prebisch en “El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas” (1949), América Latina ocupa históricamente un lugar periférico en la economía mundial, donde depende de materias primas y queda vulnerable frente a cambios externos. Prebisch exponía: “(...) las ingentes ventajas del desarrollo de la productividad no han llegado a la periferia, en medida comparable a la que ha logrado disfrutar la población de esos grandes países.” (Prebisch, 1949, p. 6). Es decir, cuando dependes de vender recursos, siempre estás atado a algo que no manejas.

Y eso fue exactamente lo que pasó. El MAS usó esa bonanza para repartir mejor la riqueza, pero no para cambiar de fondo cómo funciona la economía. Hubo más consumo, más Estado y más

redistribución, sí. Pero no hubo una diversificación fuerte ni una apuesta real a generar productividad privada. Es decir, Bolivia gastó muy bien, pero invirtió poco en cambiar su estructura. Y cuando la producción de gas empezó a bajar, todo eso se empezó a sentir.

Pero el problema no es solo económico. También es político. Evo Morales logró darle voz política a sectores que históricamente no la tenían. Pero con el tiempo pasó algo bastante común en América Latina, que es que el liderazgo empezó a confundirse con la idea de que el poder le pertenecía al líder.

El punto de quiebre más fuerte llegó en 2016. Ese año Evo impulsó un referéndum para modificar la Constitución y habilitar una nueva reelección. El 51,31% de los bolivianos votó en contra. En cualquier democracia sólida, eso debería haber cerrado la discusión. Pero no pasó. En 2017, el Tribunal Constitucional Plurinacional falló que limitar la reelección violaba sus “derechos humanos”, habilitándolo nuevamente para competir. Es entonces cuando las instituciones dejan de limitar al poder y empiezan a servirle, la democracia empieza a erosionarse desde adentro.

Rosanvallon explica en “Counter Democracy: Politics in an age of distrust” que la democracia no es solo votar. También necesita control. Como dice, “the idea of basing the legitimacy of government on election has nearly always gone hand-in-hand with citizen mistrust” (Rosanvallon, 2008, p. 2). Es decir, confiar en un gobierno no significa dejar de vigilarlo.

Y ahí empezó otra fractura importante. Muchos sectores indígenas que históricamente habían acompañado al MAS comenzaron a sentir que el proyecto ya no representaba lo mismo. La lucha dejó de ser por inclusión y empezó a girar cada vez más alrededor de la permanencia de un líder. Eso abrió una grieta entre el movimiento indígena como actor histórico y el MAS como aparato político.

Eso nos ayuda a entender por qué hoy están apareciendo nuevos movimientos indígenas que buscan reorganizarse por fuera de esa lógica. Figuras como Toribia Lero, histórica dirigente indígena y una de las voces más críticas del ciclo de Evo, representan parte de ese nuevo proceso. Más que romper con la historia, buscan recuperar una autonomía política indígena que muchos sienten que se perdió con la concentración de poder.

Mientras tanto, la pelea entre Evo Morales y Luis Arce es hoy la prueba más clara del agotamiento del modelo. Lo que parece una pelea de egos es, en realidad, la consecuencia de un sistema que nunca logró construir una sucesión política clara. El MAS fue fuerte mientras todos orbitaban alrededor de un mismo liderazgo. Cuando eso se rompió, se rompió buena parte de la estabilidad.

Bolivia, entonces, no está atravesando solamente una crisis económica. Está viviendo el desgaste de todo un ciclo político. Un modelo que apostó demasiado a la renta, demasiado al Estado y demasiado a una sola figura. Mientras hubo plata, funcionó. Pero ninguna estabilidad dura para siempre cuando depende de factores externos y de liderazgos que se creen eternos.

El problema no empezó cuando faltaron dólares. Empezó cuando se creyó que repartir riqueza era suficiente, sin construir instituciones fuertes ni una economía capaz de sostenerse cuando llegaran tiempos difíciles.

La crisis actual no solo está desgastando al modelo económico del MAS, sino también reabriendo una discusión más profunda sobre quién representa hoy a los sectores indígenas y populares en Bolivia. Durante años, Evo Morales concentró buena parte de esa representación, pero el desgaste de su liderazgo y la fractura interna del oficialismo están empujando a muchos sectores a buscar nuevas formas de organización política.

En ese proceso aparecen figuras como Toribia Lero, que quieren recuperar una voz indígena con mayor autonomía frente al poder estatal y menos subordinada a liderazgos personalistas. Más que una ruptura con la historia reciente, esto podría ser el inicio de una nueva etapa política en Bolivia. Para quienes quieran profundizar en esa mirada, la entrevista realizada a Toribia Lero por nosotros ofrece una buena oportunidad para entender cómo muchos pueblos originarios están pensando el futuro político del país desde adentro.

Resumen de actividades – Mayo y Junio

Por: Matías Ambrosoni



Tu plata,
tus reglas

¿QUÉ HAY DETRAS DE LA INFLACIÓN
MÁS BAJA EN 70 AÑOS?



EL FUTURO DEL PAÍS
SE DEBATE HOY



Entender tus finanzas para vivir con más libertad

Durante esta actividad recibimos a Laura Raffo, quien presentó su nuevo libro denominado “Tu plata, tus reglas” y propuso una instancia de reflexión sobre la forma en que administramos el dinero. A través de preguntas e intercambios con los participantes, se abordó una idea central: nuestra relación con el dinero no es únicamente racional, sino también profundamente emocional.

La dinámica incluyó un ejercicio de autoevaluación sobre creencias y comportamientos vinculados al dinero, permitiendo a los jóvenes identificar hábitos, percepciones y desafíos personales. También se generó un espacio

de preguntas donde varios participantes compartieron sus experiencias respecto al ahorro, la inversión y las dificultades para dar los primeros pasos en la gestión de sus finanzas.

La actividad invitó a reflexionar sobre la importancia de construir hábitos financieros saludables, comprender el papel de las emociones en la toma de decisiones económicas y animarse a desarrollar una relación más consciente con el dinero. En definitiva, entender la relación emocional que tenemos con él es clave para administrarlo mejor y utilizarlo como una herramienta para alcanzar nuestros objetivos.

El futuro del país se debate hoy

Horizonte Joven recibió a Carlos Rydstrom (Partido Colorado), Gonzalo Gómez (Partido Nacional) e Inés Cortés (Frente Amplio) para intercambiar perspectivas sobre algunos de los principales desafíos que enfrenta la juventud uruguaya.

La actividad se estructuró en torno a tres grandes ejes: empleo juvenil, participación política de los jóvenes y desarrollo productivo sostenible. Tras una breve exposición inicial de cada representante, se abrió un espacio de diálogo e intercambio con los asistentes.

Más allá de las diferentes posiciones planteadas, el encuentro permitió poner sobre la mesa temas que resultan centrales para el futuro del país: cómo

generar más oportunidades para los jóvenes, cómo fortalecer los espacios de participación ciudadana y política, y cómo pensar una estrategia de desarrollo que combine crecimiento económico, innovación, sostenibilidad y creación de valor agregado.

La jornada reflejó la importancia de promover instancias de diálogo plural donde distintas visiones puedan encontrarse para debatir los desafíos estratégicos del Uruguay. Generar estos espacios de conversación, poner temas sobre la mesa, y acercar a los jóvenes a los principales desafíos de la actualidad, constituye uno de los aportes centrales que Horizonte Joven busca realizar.

¿Qué hay detrás de la inflación más baja en 70 años?

En esta oportunidad recibimos a los economistas Deborah Eilender e Ignacio Umpierrez para abordar un tema central de la economía: la inflación.

La charla recorrió la evolución histórica de la inflación, particularmente durante la segunda mitad del siglo XX, los distintos planes de estabilización implementados a lo largo del tiempo y las estrategias adoptadas por los bancos centrales para controlar el aumento sostenido de los precios. También se analizaron las metas de inflación y la evolución reciente de este fenómeno en Uruguay.

Si bien se trató de una instancia con un enfoque más técnico, el objetivo principal fue acercar a los jóvenes a la

comprensión de un concepto fundamental para interpretar la realidad económica. Entender cómo funciona la inflación, cuáles son sus causas y cuáles son sus efectos resulta esencial para ejercer una ciudadanía informada y comprender los desafíos que enfrenta cualquier sociedad que aspire a un desarrollo sostenible. Al fin y al cabo, una economía marcada por la inflación no permite una sociedad realmente libre.

Si te quedaste leyendo hasta acá, ya tenés una idea de qué se trata esto. Nuestra idea es generar análisis con rigor, honestidad y muchas ganas de cuestionar las cosas juntos.

El mes que viene nos volvemos a encontrar. Mientras tanto, si algo de lo que leíste te dejó pensando, te hizo ruido o te dio ganas de debatir, entonces cumplimos nuestro objetivo y te incentivamos a dejar un comentario en nuestro instagram ([@horizontejoven_uy](https://www.instagram.com/horizontejoven_uy)).

¡Nos vemos en la próxima edición de Enclave!

EDITORES

Julián Oliveri
Valentin Benitez
Pedro Isern

AUTORES

Matías Ambrosoni
Santiago Pérez Bentancort
Lorenzo García

DISEÑO Y MAQUETADO

Rodrigo Iberra

CESCOS.ORG

ENCLAVE LIBERAL



CESCOS
Center for the Study of
Contemporary Open Societies



Horizonte
Joven



FRIEDRICH NAUMANN
FOUNDATION For Freedom.